

# Lo que la pandemia dejará de bueno en la educación superior a distancia



**Dr. Francesc Pedró**

**Director del Instituto Internacional de la UNESCO para la Educación Superior**

**D**espués de un año tan agitado, ¿cómo se prevé el futuro a la educación superior a distancia? Y lo que es más importante, ¿qué se puede hacer ahora para prepararse para ese futuro? La pandemia está dando lugar a una época de grandes desafíos para la educación superior a distancia, y también de grandes innovaciones. Ahora que se vislumbra un retorno a la normalidad post-pandémica, la educación superior a distancia no puede volver a ser como antes. Es difícil predecir ahora qué formas de educación superior a distancia emergerán como las predominantes, pero es indudable que los cambios que está experimentando la demanda y la creación de un entorno cada vez más competitivo serán determinantes. ¿Hacia dónde apuntan?

Lo primero, quizás lo más obvio, es que ni desaparecerá la educación presencial ni la educación a distancia se convertirá en la nueva normalidad en la educación superior. Más bien, aunque aumentarán las sinergias entre una y otra, parece claro que para la educación de pregrado desti-

nada a jóvenes egresados de la educación secundaria, la presencialidad seguirá siendo la opción predominante. En ese ámbito, lo que los jóvenes buscan, y las instituciones están obligadas a ofrecer, es una experiencia vital transformadora donde la formación es el medio por el cual se accede, además de a nuevas competencias, a oportunidades de crecimiento social, cultural y cívico-político. Esto no significa que algo o mucho de estas oportunidades no puedan virtualizarse, pero la opción preferida seguirá siendo la que facilita la entrada del joven en un entorno de socialización, de maduración personal y de desarrollo académico y profesional soportado por una comunidad de aprendizaje. Indudablemente, el segmento en el que la educación superior a distancia va a crecer y consolidarse será el de los estudios de posgrado profesionalizadores. El futuro, de todas maneras, será el de la hibridación, Hyflex o multicanal. Los futuros estudiantes de posgrado a distancia exigirán cursos que sean realmente irrelevantes en cuanto a los canales, que les puedan ofrecer el mismo valor tanto si se participa en ellos en línea como en persona o incluso que puedan usar uno y otro en función de su disponibilidad y necesidades, sin solución de continuidad ni costes administrativos adicionales. La flexibilidad para que cada persona pueda elegir cualquiera de las dos opciones será muy demandada. En consecuencia, los docentes tendrán que aprovechar las lecciones que han aprendido este año para crear contenido que pueda impartirse de forma híbrida simultáneamente.

En segundo lugar, la mejor manera de garantizar que tanto el mercado como los propios estudiantes se convencen de la equivalencia de los

modelos formativos independientemente del canal que se utilice, presencial o a distancia, es promover mecanismos de certificación basados en la evaluación de competencias. Los estudiantes de hoy en día toman cursos de educación superior a distancia profesionalizados específicamente para avanzar en sus carreras. Saben qué competencias necesitan y quieren programas que les proporcionen una certificación en esas mismas competencias. Por lo tanto, aumentará el mercado de cursos o certificaciones a pequeña escala en áreas muy específicas como el marketing digital y la inteligencia artificial. Probablemente se consolidará la tendencia hacia la promoción de las microcredenciales o insignias en la que los estudiantes obtengan credenciales específicas al final de cursos de un día o una semana de duración. Estas microcredenciales podrán almacenarse en un registro de blockchain al que podrán acceder los futuros empleadores. Además, tanto los estudiantes como las instituciones no podrán sucumbir al atractivo de las credenciales digitales: no solo son más portables y fácilmente reconocibles por distintas instituciones, sino que ofrecen mayor seguridad. Nuestro propio Instituto, en su oferta formativa, ya ofrece estas credenciales digitales basadas en la acreditación de competencias desarrolladas por los participantes.

En tercer lugar, el futuro traerá consigo una gran segmentación de la oferta. Por una parte, junto a los grandes proveedores comerciales como Coursera, Udemy y LinkedIn Learning, que compiten en el mercado de los cursos en línea masivos y abiertos (MOOC) a escala internacional, muchas instituciones locales no podrán resistirse a la tentación de ofrecer cursos a distancia de bajo coste e, inevitablemente, de baja calidad. Pero la distancia, en términos de percepción de calidad, entre esta última oferta y la que las instituciones de alta calidad podrían generar, será aún mayor que la que existe hoy. Solo las universidades que puedan aparejar docentes de alta calidad con equipamientos tecnológicos y apoyos pedagógicos a la altura de los estándares de producción que exigen los cursos de educación superior a distancia, serán consideradas como confiables. De hecho, una de las principales lecciones del experimento masivo con la tecnología en la provisión de educación superior que estamos desarrollando ha sido, precisamente, que los cursos de calidad exigen diseños instruccionales y un apropiado proceso de producción.

En cuarto lugar, la regulación pública de la educación superior a distancia se volverá aún más compleja. La capacidad de innovación que tiene la educación superior difícilmente puede quedar enmarcada en mecanismos regulatorios que lo apuestan todo al detalle, porque el entorno resultante ahogaría la innovación. Es importante que la regulación sea el resultado de una gobernanza mixta, entre el Estado y las instituciones, que promueva y premie la innovación exitosa. De ahí que las Agencias de Aseguramiento de la Cali-

dad estén llamadas a jugar un papel todavía más importante, contribuyendo a generar marcos de evaluación de las innovaciones que apuesten por la identificación de las ganancias de aprendizaje y que no lo fíen todo meramente a la opinión de los actores. La mejor garantía de progreso en innovación pedagógica es la evaluación rigurosa, no la charlatanería.

Muchas instituciones han empezado ya a prepararse para este futuro que ya está aquí, realizando importantes transformaciones. La primera de ellas tiene que ver con la calidad de la conectividad ofrecida; si años atrás se primaba la disponibilidad de computadoras para que los estudiantes pudieran trabajar en los denominados laboratorios de computación o aulas de informática, hoy es más crítico el ancho de banda con el que se puede operar dentro del recinto de la universidad, dando por hecho que todos los estudiantes disponen de un dispositivo digital. La segunda transformación está relacionada con el cambio de perfil de los servicios informáticos, ahora menos centrados en el desarrollo de aplicaciones, de las que existe una amplia y dinámica oferta en el mercado, incluyendo excelentes opciones libres, y mucho más en los servicios a los usuarios finales. La tercera transformación tiene que ver con la necesidad de que los docentes cuenten con mecanismos de apoyo pedagógico para el diseño de sus cursos, así como con otros destinados a facilitar su producción digital, en lo que a todas luces parece ser una evolución de los servicios de bibliotecas y de recursos digitales. Y la última transformación se traduce en la configuración de los espacios y aulas destinados a la formación híbrida. Las inversiones realizadas ya por numerosas escuelas de negocios y también por algunas universidades están configurando espacios de aprendizaje que pueden albergar simultáneamente a estudiantes sentados, en presencia, con otros en remoto, pero igualmente presentes.

Todo lo anterior puede parecer muy costoso, y lo es. Inevitablemente, la educación superior a distancia está pasando de ser una opción apreciada por su economía de escala, a otra en la que se valora su calidad y flexibilidad. Inevitablemente, las inversiones requeridas para ofrecer ambas acabarán repercutiéndose en los precios a pagar por los estudiantes. Y es aquí, de nuevo, donde la intervención pública destinada a garantizar la equidad puede hacer una gran diferencia. De cómo se ponga en práctica dependerá que la postpandemia no sea una mera vuelta al pasado marginal que tuvo la educación a distancia sino una reconstrucción de la provisión de educación superior, en su conjunto, que mejore en calidad y equidad lo que conocimos antes de la pandemia y que tanto dejaba de desear. Hagamos que cuando se abran las aulas los estudiantes se encuentren con algo mucho mejor que lo que conocieron cuando las tuvimos que cerrar.